

**PONENCIA - CONGRESO NACIONAL “NECESIDAD DE LA FILOSOFÍA EN EL
BACHILLERATO DEL SIGLO XXI”**

Título de la ponencia:

**“El despertar de la mirada: la necesidad de una filosofía mexicana para el
bachillerato”**

Línea de investigación temática: Mesa 5 – Filosofía Mexicana

Nombre completo: Diego Emmanuel Domínguez Prieto

Grado académico: Universitario

Correo electrónico: diegdo03@gmail.com

Institución de procedencia: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Resumen (Abstract)

La filosofía mexicana es un terreno fértil, pero sistemáticamente marginado en la formación académica. Desde la educación básica se nos enseña a pensar el mundo a través de lentes ajenos: analizamos nuestra realidad con modelos eurocéntricos, celebramos archivos y monumentos que glorifican un mestizaje impuesto, y construimos nuestra identidad desde la alteridad.

En este contexto, urge recuperar una filosofía del arraigo: una que no solo dialogue con lo mexicano desde lo académico o institucional, sino que brote también desde la experiencia cotidiana, la oralidad y la intersubjetividad de quienes habitamos este territorio. Practicar la filosofía —no solo estudiarla— es reconocerse como ser en movimiento, es generar pensamiento desde la propia realidad.

Negar nuestra mirada y definirnos únicamente desde paradigmas occidentales impide el surgimiento de una nueva visión, condenándonos a la fragmentación social. Hablar de lo mexicano sin un proceso crítico de descolonización perpetúa una narrativa impuesta. Mostrarle al bachiller una perspectiva distinta, enraizada en

lo propio, es abrir un camino hacia su autonomía crítica, rompiendo con la lógica de dominación que legitima las causas de la desigualdad actual.

La filosofía mexicana no es un folclor: es una necesidad política y pedagógica.

I. Introducción

En el bachillerato mexicano, la filosofía es visitada desde los mismos moldes hegemónicos del norte global. Se abarca su estudio desde una ruta específica: pasar por los griegos, ascender a Descartes y, con suerte, culminar con Kant. En todo este recorrido, la filosofía mexicana no aparece o figura como etapa; quizás, como pequeñas excepciones a la regla, podamos resaltar la inclusión de materias optativas, materias que, si bien abarcan directamente esta rama, son mostradas como una pequeña y fugaz repasada a través de un mapa prácticamente genealógico.

Esta omisión podría pasar perfectamente como un descuido casual, pero, al analizarlo con detenimiento, revela una estructura cuidadosamente diseñada para mantener jerarquías epistémicas. Hablamos de una legítima jerarquía colonial del saber, donde lo propio es visto como un intento “exótico” y “folclórico” de producir conocimiento, mientras que lo ajeno es enaltecido en un pedestal como lo universal. Es así como, siguiendo estos moldes, el estudiante mexicano se forma pensando el mundo con categorías ajenas, celebrando monumentos que glorifican un mestizaje impuesto y construyendo su identidad desde la mirada del otro.

Esta ponencia ambiciona proponer una ruptura con este paradigma. No se trata de añadir contenidos “folclóricos” a lo europeo, sino de reconocer la potencia filosófica de lo que albergan nuestras calles, nuestras lenguas y nuestras memorias. Apostar por una filosofía mexicana viva implica asumir que el pensamiento no nace sólo en los libros canónicos, sino también en la oralidad, en la experiencia cotidiana y en las resistencias que, aun silenciadas, sostienen otros modos de pensar y habitar el mundo.

Replantear la enseñanza filosófica desde lo propio no es una concesión identitaria, sino una necesidad puramente pedagógica. Porque negar nuestras formas de mirar, nombrar y pensar el mundo es también ceder nuestra capacidad de transformarlo.

II. El eurocentrismo y la construcción del sur como otredad

La idea de la modernidad, bellamente edificada como un supuesto ideal cosmopolita, es más bien una construcción geopolítica que fue ejercida en el sur desde la propia colonización del continente americano. Y es que, como plantea Enrique Dussel, el “mito de la modernidad” se sostiene sobre la negación del otro. América no fue descubierta, América fue despiadadamente encubierta por una lógica civilizatoria, como el producto del ideal naturalista que justificó su propia dominación, sometiendo el desarrollo de sus lenguas, su religión, su racionalidad y su filosofía. Y es desde entonces que el sur ha sido narrado como una periferia caracterizada por la carencia, como un espacio necesitado del espíritu absoluto del ideal civilizatorio.

Esta operación es definida por Aníbal Quijano como la “colonialidad del saber”, definiéndola como una estructura que jerarquiza el conocimiento, privilegiando únicamente al saber cosechado en terreno europeo. Como consecuencia, tenemos la subordinación, negación y, en términos prácticos para esta ponencia, folklorización del conocimiento del sur global. Y es en esta jerarquización epistémica que configuramos y consolidamos los sistemas educativos; planteando bajo este yugo los planes y contenidos filosóficos que se imparten, influyendo directamente en nuestro “lugar de enunciación”. Y es que, si todo pensamiento parte del cuerpo situado en el territorio, el estudiante mexicano se forma desde un punto de vista que no es el suyo. Se le enseña a filosofar a lo griego, a lo francés o a lo alemán, negándole la herramienta de pensarse desde su propio lugar, desde su propia experiencia histórica.

Este desplazamiento no es accidental, sino sistemático. La cartografía del pensamiento occidental ha relegado a México al margen del mapa. En lugar de

reconocerse como productor de filosofía, se le asigna el rol de receptor pasivo, de imitador académico. La educación hereda esta lógica sin cuestionarla: en lugar de formar sujetos críticos desde su contexto, los prepara para encajar en un discurso ajeno.

Romper esta estructura no representa rechazar absolutamente la tradición filosófica europea, sino que implica comprender que no es la única forma de interpretar el mundo, que los moldes europeos no tienen una medida universal y absoluta. Abogar por la pluralidad es una tarea urgente si se pretende que el estudiante deje de pensarse como una otredad, como alguien “fuera de lugar” en su propia historia.

El archivo, el monumento y la ilusión del mestizaje

La historia que se enseña en los salones de clase no es un relato neutral y desinteresado del beneficio; es un aparato ideológico que construye la narrativa de forma bastante particular. Se materializan archivos que se pintan como los testimonios legítimos y absolutos del pasado, y se alzan monumentos en piedra y bronce para el eterno recuerdo de la gloria del discurso hispanista.

Ambos, monumento y archivo, son constituidos como los filtros discursivos del canon oficial de la historia: aquello que se escapa del archivo es tachado de mito, mientras que lo que no es conmemorado con monumentos está condenado al olvido. No solo se silencian memorias, sino que se impone un sentido de identidad. México, como proyecto moderno, es erigido sobre la ficción fundacional del mestizaje como síntesis armónica. Sin embargo, como lo advirtieron Guillermo Bonfil Batalla y Leopoldo Zea, esta síntesis es de todo, menos inocente. El mestizaje no es la celebración de la diversidad y la multiculturalidad, sino la estrategia para absorberla bajo los términos de una cultura dominante.

Bonfil habla de un México profundo, enterrado y negado por la imposición de un México imaginario: moderno, blanco y urbano. Zea, por su parte, denuncia la forma en que la filosofía latinoamericana ha sido forzada a pensarse desde el molde europeo, haciéndola dudar de sí misma, de su propia legitimidad. En ambos casos,

lo mestizo no aparece como un punto de encuentro e intersubjetividad, sino como mecanismo de domesticación. El indígena no desaparece: se convierte en un símbolo decorativo, en un souvenir patrio, en una referencia abstracta que legitima a un Estado que lo sigue excluyendo.

Así, el estudiante mexicano no solo piensa con categorías ajenas, sino que es forzado a reconocerse en una identidad artificial, impuesta desde arriba. Se le enseña que su historia comenzó con la conquista, que la independencia y la revolución son gestas cerradas, que los héroes están ya definidos y esculpidos en oro, y que su tarea es admirarlos, no cuestionarlos.

Pero hay otra historia, otro archivo vivo, hecho de relatos orales, de rebeldías locales, de memorias que resisten a ser convertidas en estatuas permanentes que fetichicen el dolor. Recuperar esa historia no es un acto nostálgico, sino una práctica política. Cuestionar el archivo y desmontar el monumento no es destruir la memoria, sino devolverle su complejidad. Solo así podremos abrir el camino hacia una filosofía situada, crítica y verdaderamente nuestra.

III. El interés del sistema de mantener subordinado al pensamiento local

El sistema educativo, tal como ha sido configurado, no solo descuida el pensamiento local: trabaja activamente para mantenerlo subordinado, después de todo, una filosofía viva y crítica, que se formula desde la experiencia concreta del estudiante y del pueblo, es profundamente disruptiva. No responde a los modelos hegemónicos, no se ajusta fácilmente al esquema evaluativo, no se deja domesticar por el currículo diseñado desde centros lejanos al territorio que habitamos. Una filosofía que se sabe situada es peligrosa, porque enseña a los sujetos a pensarse a sí mismos, a no aceptar lo dado como natural o necesario, a interrogar el archivo, el monumento y también el aula.

El sistema, en su arquitectura neocolonial y neoliberal, necesita que el pensamiento local se reconozca así mismo como insuficiente, menor y anecdótico. Así se justifica la dependencia epistemológica: seguimos recurriendo a autores y marcos ajenos no

solo por hábito, sino porque se nos ha enseñado que lo nuestro no basta. Que no tenemos derecho a pensar filosóficamente si no lo hacemos en las claves del Norte.

Pero este orden no es neutro. Beneficia a estructuras de poder que se reproducen gracias a esa subordinación. En el fondo, mantener al estudiante desconectado de su propia historia y territorio no es solo una omisión: es una estrategia de control. Cuestionar la forma en que pensamos, desde dónde pensamos y con qué herramientas pensamos es, en ese sentido, una forma de desobediencia.

Frente a ello, la enseñanza de la filosofía debe ser no solo transmisora de contenido, sino generadora de conciencia. No basta con añadir nombres mexicanos al programa si se sigue pensando desde el marco que los vuelve secundarios. Es necesario reconfigurar el espacio educativo para que el pensamiento local no solo tenga lugar, sino que se vuelva el punto de partida. Que se reconozca no como excepción, sino como fundamento legítimo de una filosofía que nace, crece y se tensa aquí. Una vez más, no se trata de derrocar todo pensamiento ajeno, sino de verlo como un igual al discurso filosófico mexicano, no como un eje y centro dominante del saber. Sino como otra interpretación válida para su contexto, pero no por ello absoluta. Revisitar a los autores europeos es una tarea de acrecentar el pensamiento del estudiantado; no como herramienta coercitiva que mantenga subordinado su pensamiento, no glorificando el discurso naturalista que ha permeado su influencia a lo largo de la historia. Leer, interpretar y adquirir el pensamiento europeo, debe ser un requerimiento en aras del propio saber, no de la subordinación del propio pensar, no visto como los únicos lentes compatibles con el acceso a lo válido.

IV. Filosofía mexicana: experiencia viva, no objeto decorativo

La filosofía mexicana no puede seguir siendo tratada como una pieza de museo, como un objeto exótico que se saca del cajón para celebrar el aspiracionismo de un pensamiento inferior. Su potencia no radica en su valor ornamental, sino en su capacidad para irrumpir en el pensamiento como una fuerza viva, crítica y dialógica.

No se trata de consumir nombres como Uranga, Portilla o Zea como parte de un canon menor, sino de entender que lo que propusieron fue una forma radical de pensar desde sí, desde el cuerpo concreto, desde la tensión entre lo propio y lo impuesto.

Esta filosofía se construye innegablemente desde la oralidad y la cotidianidad, pero también desde la sospecha a los contenidos y a la definición de lo mexicano; del cuestionamiento a los criterios disciplinarios que clasifican la validez o invalidez del pensamiento. En ese sentido, no basta con recuperar la voz popular o la redirección de los relatos orales; es necesario asumir una actitud crítica frente a los marcos que han definido nuestra identidad. Pensar filosóficamente desde lo mexicano, implica dudar de México como categoría cerrada, y abrirlo como problema filosófico.

El aula no puede seguir siendo un espacio de reproducción de moldes ajenos. Debe convertirse en un espacio de conflicto productivo, de diálogo abierto donde el estudiante no solo repita categorías, sino que descubra que puede pensarse desde su propia experiencia. Que puede dudar de las respuestas heredadas y también del modo en que se han formulado las preguntas. Que puede usar la filosofía no para adaptarse, sino para definir su lugar en el mundo.

La filosofía existe y habita en los talleres de reflexión comunitaria en pueblos originarios, en las prácticas de crítica social en el arte popular, en las experiencias barriales donde la palabra se convierte en herramienta de transformación. La filosofía mexicana no debe estar confinada únicamente a ser un añadido en las universidades; vive en los márgenes, en las calles, en la resistencia de quienes no aceptan una identidad impuesta.

Enseñar esta filosofía en el bachillerato es darle al estudiante la posibilidad de reconocerse como sujeto pensante desde su propio contexto. De entender que la filosofía no le es ajena, que no está en otro idioma ni en otro continente, sino que puede ser dicha —y cuestionada— desde aquí. Desde él mismo.

V. Propuesta pedagógica: despertar la mirada

Enseñar filosofía desde lo mexicano no significa nacionalizar la filosofía, ni mucho menos encerrarla en una visión esencialista del ser. Significa, más bien, activar en el aula una pregunta situada: ¿desde dónde pensamos? ¿Con qué cuerpo, con qué historia, con qué lenguaje? En otras palabras, enseñar filosofía desde lo mexicano es devolverle al estudiante su derecho a ser el punto de partida del pensamiento.

Esto exige un reacondicionamiento metodológico. En lugar de comenzar con los grandes sistemas y nombres de la tradición europea, puede comenzarse con una experiencia concreta: una conversación, una contradicción cotidiana, una memoria heredada. No como anécdota previa a la “verdadera” filosofía, sino como el germen mismo de la reflexión. Esto no niega el valor de otras tradiciones, pero sí ordena el lugar desde el cual se les interroga. No se trata de excluir, sino de dejar de excluirse.

Ejercicios como trabajar con relatos orales del entorno, leer textos de pensadores mexicanos —desde la filosofía náhuatl hasta la obra de Pensado, Uranga, Dussel o Bonfil— no como “complementos”, sino como ejes de discusión.

Lo importante no es que el estudiante recite conceptos, sino que pueda reconocerlos en su mundo, y tensionarlos. Por eso, el objetivo no es formar expertos en historia de la filosofía, sino sujetos críticos. La filosofía, cuando se enseña desde la experiencia mexicana, deja de ser una disciplina inaccesible y se convierte en una herramienta: no para repetir lo que ya se dijo, sino para interrogar lo que aún se vive.

Esta propuesta no se impone como una fórmula cerrada, sino como una invitación a despertar la mirada. A formar sujetos que puedan decir “yo pienso” sin traducirse. Que puedan mirarse con ojos propios, sin pedir permiso. Y desde ahí, que puedan pensar no solo lo mexicano, sino lo humano, lo político y lo universal desde un lugar que ya no es periférico.

VI. Conclusión: de la subordinación al despertar

Esta ponencia ha intentado seguir el hilo que une la historia colonial del saber con la manera en que se enseña filosofía en nuestras aulas. Hemos visto cómo el sur fue narrado como carencia, cómo se construyó un archivo que excluye, un monumento que silencia, una identidad mestiza que maquilla la violencia. Cómo la filosofía fue convertida en objeto decorativo, en pieza de museo, en palabra ajena que no nombra nuestro dolor ni nuestra pregunta.

Pero también hemos señalado que hay grietas. Que hay pensamiento en los márgenes, que hay filosofía en la calle, en el silencio del aula donde un estudiante se pregunta, por fin, desde sí. Que es posible enseñar filosofía no como repetición de lo mismo, sino como despertar. No como un lujo para pocos, sino como una herramienta común para mirar el mundo con otros ojos.

Despertar la mirada es, en última instancia, un gesto profundamente político. Significa que ya no aceptamos pensar desde el lugar que nos asignaron, que ya no tememos nombrar lo que vemos. Que estamos dispuestos a transformar la filosofía no en lo que queremos que sea, sino en lo que necesita ser para que el pensamiento vuelva a tener sentido en la vida.

El aula, entonces, deja de ser un sitio de reproducción para convertirse en un espacio de insurrección suave. Enseñar filosofía desde lo mexicano no es solo recuperar voces olvidadas: es abrir la posibilidad de que nuevas voces aparezcan. Y en ese gesto, tal vez, comenzar a imaginar un país donde pensar no sea un privilegio, sino una forma de resistencia, una forma de pertenencia, una forma de estar despiertos.

No venimos a rendirle culto a la filosofía, sino a sacudirla. A recordarle que antes de ser sistema, fue pregunta; antes de ser cátedra, fue intuición. Que en este país también se piensa, también se nombra, también se arde por dentro.

Y si algo queda de todo esto, ojalá sea la certeza de que la filosofía no nos queda lejos, ni en idioma, ni en tiempo, ni en cuerpo. Que podemos enseñarla desde aquí, desde nuestra tierra, desde nuestra lengua, desde nuestras heridas.

Porque solo cuando el pensamiento se reconoce en su historia, puede comenzar a construir su destino.

Gracias.

Bibliografía

Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.

Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero: Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750–1816)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana. [SciELO+4Biblioteca CLACSO+4Enrique Dussel Docs+4](#)

Dussel, E. (1977). *Filosofía de la liberación*. México: Ediciones Sígueme.

Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, (9), 73–101. Recuperado de <https://www.revistatabularasa.org/numero-9/05lugones.pdf>revistatabularasa.org

Mignolo, W. D. (2005). *La idea de América Latina*. Barcelona: Gedisa. [Elizabeth Ruano Ibarra](#)

Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Landier (Ed.), *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 201–246). Buenos Aires: CLACSO. Recuperado de <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20140507042402/eje3-8.pdf>[Biblioteca CLACSO](#)

Villoro, L. (1992). *El pensamiento moderno: Filosofía del Renacimiento*. México: Fondo de Cultura Económica. [casadellibro+1introduccionalaproblematicahistorica.wordpress.com+1](#)

Zea, L. (1965). *El pensamiento latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica.